

EUROPA Y LA NACION

Europa y la Nación

por el Académico de número

Excmo. Sr. D. Carlos Ruiz del Castillo.

Las dificultades que ofrece la configuración de un concepto como el de Europa, cuando se quiere proyectarlo en un plano histórico que, naturalmente, trasciende la entidad geográfica, la cual, por el contrario, es tan fácil de identificar en su localización constitutiva, ha sido varias veces subrayada.

Análogamente, el concepto de Nación, esencialmente polémico, presenta tal indeterminación de caracteres, que cualquier intento definitorio pugna con las realidades concretas que la Nación despliega en la pluralidad de las Naciones existentes y posibles.

Una afirmación cabe, sin embargo, aventurar, vinculando los términos que sirven de enunciado a estas reflexiones. La Nación es un producto histórico de la cultura europea. Lo mismo cabe decir del Estado. Es más fácil señalar la zona de procedencia y la demarcación de estos productos culturales que fijar los rasgos fisonómicos. Pero, al margen de toda definición, cabe analizar la idea de Nación en la serie de unidades históricas que han caracterizado a Europa y su cultura a lo largo de una dilatada estructura temporal.

Así, cuando preguntamos: ¿qué es Europa?, inquirimos un modo de formación y un resultado histórico. ¿Cómo se ha formado Europa? ¿Cómo subsiste Europa en la propia subsistencia de sus elementos constitutivos? ¿Cuál es la función que éstos cumplen en una organización que, a la vez, los requiere y los rebasa?

En nuestros días, cuando acuciantemente se presenta la crisis de Europa, y cuando los europeos se encuentran plenamente conscientes de esta crisis, el General de Gaulle se ha creído autorizado para expresar su

propio concepto de Europa al formular la afirmación de “Europa de las Patrias”.

Y he aquí que esta asociación de conceptos está corroída, también indivisiblemente, por una misma crisis, pues ésta afecta por igual y simultáneamente a Europa y a las Patrias.

Pero si esto es así, o sea, si la integración de Europa hajo la estructura común de un conjunto de Naciones, y si, en sentido contrario, la desintegración de Europa con el resquebrajamiento de las estructuras nacionales responde a un juego de conceptos que recíprocamente se apoyan o que se debilitan a la vez, encontraremos el incentivo para plantear estas cuestiones: primera, qué son y cómo han surgido las Naciones; segunda, cómo las individualidades nacionales expresan, primero, y desvanecen, después, el concepto de Europa; tercera, cómo la crisis nacional en Europa va acompañada de un proceso de exportación o de expansión de la idea nacional sobre otros Continentes, concomitantemente con la expansión de los productos culturales y de los instrumentos técnicos de Europa sobre esos mismos Continentes, en los que han surgido y están surgiendo constelaciones nacionales.

Por último, habrá que referirse a un concepto nuevo o renovado de Nación en conexión con ciertas constantes del espíritu de Europa.

Trataremos de articular en torno a estos puntos de meditación algunas reflexiones.

I. QUÉ SÓN Y CÓMO HAN SURGIDO LAS NACIONES.

En el despliegue de grupos sociales, constituídos siempre por las semejanzas de los hombres y diferenciados entre sí, las Naciones advienen tardíamente, porque han de estar precedidas por otros grados de formación más rudimentarios.

Ha sido necesario, en primer término, constituir grupos estables asentados permanentemente en un territorio definido, sobre el cual han arraigado hábitos de trabajo regular que entrañan la potenciación y la transformación del medio físico, a la vez que la convivencia determinada por la vecindad.

Superada la etapa del nomadismo y territorializadas las relaciones al través de las formas específicas de la propiedad feudal, pugnaron las poblaciones de Occidente por construir una vida común, nutrida de aspiraciones espirituales. El régimen feudal atrajo e integró poblaciones y tuvo una razón histórica que, como tal, estaba al nivel del tiempo. Cumplida

su misión, en los mismos feudos se despertó un sentido de libertad y de comunidad que iba a encontrar en la vida urbana adecuada estructura. Este movimiento de emancipación respecto a la dependencia estrictamente personal de las concordias feudales halló en el Monarca, surgido del propio feudalismo, pero sobreponiéndose a éste, el conducto fundacional que encauzó el disperso sentimiento de las poblaciones. El Poder fundador fue definido por Hipólito Taine con esta frase vigorosa: “El Rey ha hecho la Patria”.

El nuevo sentido unitario comporta un movimiento de ideas, inexistente en la época feudal, y este movimiento está impulsado y servido por la concentración del Poder, que deja, sin embargo, de estar identificado con la propiedad. Surgen asociados el poder público y la vida pública: el primero expresa la esencia del Estado naciente; la segunda comporta la existencia de relaciones propiamente nacionales, fenómenos de convivencia en motivos que son, a la vez, territoriales y espirituales.

Cuando se intenta rebasar esta formulación general para aclarar la consistencia y el sentido de las vinculaciones que establece la Nación, se pisa terreno conceptualmente agrietado y vacilante. Cabe apuntar, si no hacia el núcleo del problema, hacia sus muchas implicaciones y aspectos. Pues resulta evidente que el propósito de identificar la Nación con un elemento determinado, somático o espiritual —fronteras “naturales”, raza, lengua o unidad de fe— pugna con la existencia de Naciones singulares, que ofrecen la persistencia de grandes núcleos de convivencia y de acción colectiva, siquiera carezcan de los elementos unificadores formales a que se remiten las elaboraciones conceptuales de sentido libresco.

Está ya consagrado el ejemplo de Suiza, Nación carente de unidad geográfica, de unidad lingüística y de unidad religiosa, y que, en defecto de esos grandes vínculos internos unificadores, ha revelado la consistencia de su trabazón nacional a lo largo del tiempo, sin que haya sido afectada por el tirón de fuerzas contrarias que pudieron actuar como disolvente en la terrible experiencia de las dos grandes guerras de este siglo. La vinculación intercantonal actuó con mayor energía que la conciencia separada del origen de cada Cantón, con sus caracteres específicos.

Ni siquiera es posible atribuir esas fuertes vinculaciones a una idea de empresa vertida hacia el exterior. Es sabido que Suiza carece de política internacional. Su vida colectiva consiste en un apiñamiento de relaciones interiorizadas en una convivencia apta para alojar un quehacer contemporáneo que sostenga y eleve la vida de cada componente del núcleo nacional y, mediante la de cada uno, la de todos.

No es la imposible caracterización nacional por un elemento deter-

minado lo que forja la Nación y la sostiene. Elementos de vinculación es claro que han de existir, pero su enmarcación estricta no es posible, como no lo es determinar las formas y los modos en que se combinan. De la Nación, unívocamente, sólo cabe decir que es un producto que se ha hecho consistente en la Historia. Como las razas nuevas, es un resultado, un cruzamiento que ha prosperado.

Alguna luz arroja, sin embargo, en la materia la etimología, en tantos otros casos poco orientadora. Nación, de *nascor*, nacer, y patria, de *pater*, padre, es siempre un complejo de sangre y de solar, de ascendencia y de permanencia, de *jus sanguinis* y de *jus soli*. No en vano mana de estas fuentes la nacionalidad como condición de pertenencia individual.

En este sentido etimológico y originario la Nación carece de contenido político, siendo tan sólo una singularización territorial dentro de un conjunto. Equivaldría al lugar de nacimiento y no resultaría fácil diferenciar —dentro de esta concepción naturalista— estos conceptos graduados: Municipio, comarca, región, Nación.

II. CÓMO LAS INDIVIDUALIDADES NACIONALES EXPRESAN, PRIMERO, Y DESVANECEN, DESPUÉS, EL CONCEPTO DE EUROPA.

Es lo cierto que esta individualidad, perfectamente caracterizada, de Naciones sin contenido político se dio en la Europa medieval y mantuvo vigencia incluso en el traumatismo de las contiendas entre el Pontificado y el Imperio. El cultivo de características nacionales, en el sentido que ha quedado expuesto, fue compatible con la hegemonía que sobre las Naciones logró durante algunos siglos un concepto espiritual: el de Cristiandad. Esta idea, por la localización de sus centros de influencia, actuaba desde un escenario geográfico, pero tendía sobre el mundo todo unas alas que, en efecto, estaban destinadas al vuelo ecuménico. Occidente, de esta suerte, es un concepto histórico, y no una mera designación geográfica. Y Occidente fue, así, una forja de ideas y de costumbres: precisamente las que hicieron la unidad de Europa, elevando la expresión geográfica al rango de valor y de misión.

Sin esta penetración del Cristianismo en los demás elementos de la cultura europea, sin el esfuerzo fundente que el Cristianismo cumple reduciendo a unidad las aportaciones de Roma y de los pueblos germánicos, no hubiera existido Europa como síntesis histórica.

El segundo período de la Nación, como concepto de acuñación europea, nace con la crisis de la Cristiandad, en virtud de la brecha que en ella

abre la Reforma. La Nación comienza a adquirir significado político en la medida en que se multiplican los fenómenos de escisión territorial en torno a intereses dinásticos servidos por una política de poder que seculariza los conceptos eclesiásticos. *Ubi regio ibi religio*: tal es la fórmula de este segundo período nacional.

La pugna se enciende, no obstante, alrededor del mismo concepto medieval de Cristiandad, que en su interpretación plural —católica o protestante— sigue constituyendo el cimiento de la unidad europea, evanescente ya, pero no destruida.

El criterio neutralizador trataba de formar un puente tendido tan sólo entre ambas confesiones cristianas, con el fin de apaciguar la discordia, forjando una nueva convivencia. En la concepción del Estado, Bodin se constituyó en portador de esta tendencia neutralizadora.

El tercer período, preparado por el anterior, se produce en virtud del influjo de la filosofía iluminista del racionalismo y del modo de cuajar una y otro en la acción práctica de la Revolución francesa.

Entonces la Nación se carga de significado político interno. Se hace *soberana* en el interior, frente al Rey, antes de asumir la soberanía frente a otras Naciones, con el significado exterior con que se afirmó en las luchas de la Revolución y del Imperio napoleónico. Se asiste a una toma de posesión de los atributos del poder mayestático por el pueblo, organizado en Nación, para asumir en exclusiva la soberanía. La Nación no es ya una unidad de procedencia que anima un proceso histórico, ni una congregación de poblaciones bajo el cetro de una dinastía. Es una voluntad común, integrada por la suma de voluntades individuales que se alzan frente a todo poder histórico, ebrias de una libertad que se afirma y crece en ambiente de rebeldía. Pero también en el clima de la lucha revolucionaria se fragua esa unidad hacia dentro, que es el incentivo de las revoluciones que invocan la libertad o la igualdad.

Nadie como Lavissee ha trazado un cuadro tan lleno de vida y colorido como el que expresan estas palabras:

“La Revolución naturaliza todas nuestras provincias; unifica a los pueblos desunidos. La unidad ha sido querida por la Nación, a la que se ve obrar espontáneamente durante los años 1789 y 1790. Las Municipalidades recientemente instituidas, y cada una de las cuales tiene su guardia nacional, comienzan por asociarse entre sí; después se federan por provincias; después las provincias se federan también... Pero he aquí que surge la idea de una federación nacional. El culto de la Patria repudia como cismas las diferencias provinciales... El 14 de julio de 1790, día en que se reúnen en el Campo de Marte, bajo la presidencia del Rey, la Asamblea

Nacional, la Guardia Nacional de París, 14.000 Delegados de las Guardias Nacionales departamentales, los abanderados de todo el ejército, doscientos o trescientos mil espectadores, es una gran fecha de nuestra Historia. Una jornada tan bella, una jornada tan noble, tan religiosa, no ha sido vivida por ningún pueblo. Provinciales de todas las provincias, olvidando, borrando las diferencias geográficas, etnográficas, históricas, han creado, por un acto deliberado de su voluntad, la Nación moderna. La Nación consentida, querida por sí misma, es una idea de Francia." (Lavissee, *Histoire de France contemporaine*).

Alumbra así, no la edad de las Naciones, sino la época de los nacionalismos, que identifican la Nación con la soberanía en el concepto de Estado nacional.

La época del nacionalismo marca el apogeo de la doctrina liberal. La Nación moderna es producto del liberalismo, acuñador del concepto de soberanía nacional. Las nuevas unidades nacionales de Alemania y de Italia, en la segunda mitad del siglo XIX, son símbolos significativos del Movimiento nacionalista europeo. La idea seguirá sumando prosélitos y despertando irredentismos. Al terminar la guerra de 1914 a 1918 se producirá un sarpullido de Naciones en el centro de Europa y en las costas del Báltico.

Estas unidades nacionales articulaban un Derecho internacional, no menos europeo en su génesis que lo había sido el Derecho supranacional de la Cristiandad, aquel auténtico *Jus gentium*, versión social del *Jus naturae*.

Dada la nueva concepción, ya no comunitaria, sino asociativa, las jóvenes soberanías nacionales no podrían obligarse sino en virtud de limitaciones consentidas en Tratados que participaban de la esencia de la contratación liberal. La autoobligación así pactada equivalía a una auto-limitación que dejaba subsistente el concepto exclusivo de una soberanía caracterizada por la ilimitación jurídica.

Europa habría de sentir debilitados su espíritu y sus fuerzas cuando veía desvanecida su rectoría sobre las Naciones que la integraban. Dejaba de ser una comunidad para tornarse en un equilibrio de Naciones soberanas. En este molde hubo de troquelarse la llamada Política europea, que en los umbrales de la Modernidad se cifra en la Paz de Westfalia y en los albores del siglo XIX tiene su símbolo en el Congreso de Viena.

El sesgo ideológico que adquieren las alianzas y los resultados de las dos grandes guerras del siglo actual son claros síntomas de la desarticulación de Europa, pero también revelan el fracaso del propósito de mantener la unidad europea con los instrumentos de una política de equilibrio.

Europa deja de ser conductora de la política internacional y necesita asociarse con pueblos de otros Continentes e incluso de otras razas y que tienen otra concepción del mundo. Advienen al estadio de la política mundial Norteamérica y el Japón. Las implicaciones de este hecho en la concepción de la guerra y de la paz producirían enormes consecuencias. Al fin, el término del coloniaje, proceso acelerado al que estamos asistiendo, será nuevo y significativo factor que acusará no sólo la pérdida de la hegemonía europea, sino la crisis interna de las Naciones.

Interesa aludir en este punto a un aspecto de la transformación de la mentalidad nacional tan ligada al concepto de las soberanías nacionales.

Se ha visto cómo la Nación moderna es resultado de la democratización de las relaciones. Este era el supuesto mismo de la expropiación, por los pueblos, del Poder soberano. Pero la Democracia no ha actuado, por lo menos en su primera fase, como elemento difusor de un espíritu común a las Naciones. Su impulso destructor de la soberanía de los Reyes comportaba también una poderosa concentración del Poder, no ya en una persona, sino en las nuevas colectividades soberanas. La soberanía del individuo sirvió de modelo a las soberanías nacionales, también beneficiarias de los derechos de libertad e igualdad, los cuales, al encarnar en las Naciones, son proyectados también contra los poderes exteriores. Así como la nacionalización del Poder encuentra símbolo predilecto en el sufragio universal, con que pretende afirmarse en el orden interno la voluntad de la generación actual contra toda dependencia de los poderes históricos, en el orden externo el instrumento de afirmación de la soberanía frente a las demás Naciones es el servicio militar obligatorio, que realiza el designio de la Nación en armas, precedente preciso de una concepción que, por ineludible pendiente, había de precipitarse en las guerras totalitarias.

Con visión certera condensaba este proceso el Príncipe Otto de Habsburgo en una conferencia pronunciada en Santander (3 de septiembre de 1954): “Siguiendo el principio mayoritario de las Democracias —decía—, la guerra debe ser democratizada, en su sentido más amplio... Puesto que, en teoría, son los pueblos los que se declaran mutuamente la guerra, es lógico que las consecuencias de ésta pesen sobre toda la población, hombres, mujeres y niños. Y la propaganda de odio, hecha así necesaria, trae la transformación de la lucha caballerisca del pasado en las carnicerías modernas. No son, pues, solamente las armas nuevas las que han hecho posible los horrores de Dresde y de Hiroshima. Es el espíritu de las guerras modernas quien trae estas matanzas insensatas.”

Junto a la fuerza material que actúa como disolvente del espíritu de

comunidad y de integración, conviene tener presente el influjo de fuerzas ideológicas que han corroído también la unidad de las Naciones, pero suscitando a la vez nuevas formas de agrupación.

La internacionalización de las ideologías ha escindido la unidad interna de cada Nación precisamente cuando peligraba, en el trance de la última guerra mundial, la misma existencia nacional. A esta luz hay que contemplar el fenómeno del “colaboracionismo”, como manifestación de fermentos ideológicos que, ante la necesidad de optar por un ideal nacional evanescente o por ideales de organización social arraigados en peculiares concepciones de la vida, determinaron actitudes que no pueden ser simplemente identificadas en todos los casos con una traición. El sentido de las guerras que se hacen por ideas y no por razones geográficas —en gran parte pueden analizarse así muchos fenómenos de la guerra del 39 al 45— determina un desplazamiento de estados de conciencia y de situaciones en muchos nacionales. El enemigo no es considerado siempre como el que está enfrente; cuando la lucha es ideológica, se teme más al que está dentro, pero sin compartir los motivos que constituyen la comunidad espiritual. La lucha internacional se duplica con fenómenos de guerra civil cuando se considera que el triunfo del bando a que se pertenece puede conducir al triunfo de una configuración ideológica que se rechaza. Esto aconteció con el hitlerismo, en Alemania; con el comunismo o con la situación creada por el temor al comunismo, en muchos países adscritos a bloques contendientes enfrentados.

Corrosión y escisión de las Naciones, de cada Nación, en virtud de la guerra y con la añadidura de que ningún problema nacional puede ser ya resuelto nacionalmente; tal es el balance de esta idea de Nación, que fue flor del espíritu europeo.

Sin embargo, la crisis permite reconducir la Nación a su concepto originario, purgándolo de la ganga que le adhirió la peculiar interpretación democrática de Nación como soberanía nacional. Es lo que se pretende aclarar más adelante.

III. LA EXPANSIÓN DE LA IDEA EUROPEA DE NACIÓN SOBRE OTROS CONTINENTES.

Expuesta la concomitancia de la crisis de Europa y la crisis nacional, hay que considerar los fenómenos de crecimiento y de expansión de ideas europeas, cuyo vigor plástico se ha mostrado apto para troquelar tipos de vida sobre territorios no europeos y para reestructurar otras culturas,

merced a la sugestión universal y universalizadora que aquéllas entrañan.

Aquí interesa acotar el campo visual refiriéndolo al propósito de este tema: la Nación, concepto europeo, que fue trasplantado a América en el siglo XIX; a Asia y a Africa, al doblar el siglo XX, precisamente cuando en Europa periclitán las concepciones nacionales.

Todas las instituciones políticas de América al hacerse independiente son calco de las europeas. Es más fácil, sin embargo, imitar las estructuras políticas que adoptar y adaptar las instituciones sociales. Aquéllas pueden significar una simplificación abstracta de los contenidos diversos del tiempo, pero éstas se deben al tiempo mismo, el cual es, para ellas, más que condición del transcurrir, elemento formativo.

Las Naciones americanas no podían ser, como las europeas, procesos históricos. Surgieron como determinación de las tensiones internas producidas por la Independencia. La Nación en América es, originariamente, un nombre tan sólo. No madura en el tiempo, con la lentitud de las formaciones sociales. Así como en Europa la Nación es la infraestructura del Estado, en América es el Estado quien proyecta la Nación, y ésta se produce de modo adventicio, en consonancia con divisiones territoriales generalmente artificiosas y que responden a la acción del caudillaje.

Las Naciones americanas surgen así como formaciones puramente políticas, sin que exista entre ellas la diferenciación asociada a un principio de configuración propia. Difícil sería, por ejemplo, caracterizar el criterio que hace de Colombia una Nación —y no meramente un Estado— distinta de Venezuela, señalar los criterios nacionales diferenciadores en las Repúblicas del Centro, explicar sociológica, y no políticamente, la transformación de la provincia oriental argentina en la Nación uruguaya: sólo el impulso de un caudillo, Artigas en este último caso, explica una existencia política independiente, que poco tiene que ver con la vivencia de la Nación histórica.

En suma, la Nación, en América, es una determinación de voluntad política asociada a una práctica de soberanía. En este sentido, el concepto americano de Nación corresponde a la etapa de transformación, que ha quedado aludida, del concepto europeo de la misma al producirse la Revolución francesa.

Con una importante diferencia: en Europa, el advenimiento de la soberanía nacional no trataba de crear la Nación, cuya existencia histórica se reconocía, sino que se limitaba a alterar la titularidad del Poder, el cual continuaba recayendo sobre un cuadro comunitario de formación secular.

El segundo momento de la exportación o del trasplante de la idea de

Nación se ha producido recientemente y continúa hoy, cuando las Colonias europeas en Asia y en Africa se han transformado o se están transformando en Estados, sobre el supuesto de la existencia de vidas nacionales propiciadas por las mismas condiciones de la colonización. En muchos de estos grupos actúa como fermento el principio racial; no es tan claro el criterio determinante de la división de grupos nacionales sobre territorios poblados por habitantes de la misma raza.

El resultado es que quieren equiparse Naciones a la europea. Y de este modo, Europa, madre prolífica, agotada en el propio proceso creador, siente que la debilitación de sus fuerzas nacionales es, a la vez, consecuencia y ocasión del alumbramiento de Naciones en tierras que se emancipan bajo la influencia de las ideas sembradas por las Metrópolis.

IV. LA NACIÓN Y LA UNIDAD DE EUROPA.

La difusión de ideas, de instituciones y de técnicas de indiscutible acunación europea es el proceso mismo de la unidad del Mundo, incluso a través de pugnas que llevan implícita una aspiración de totalidad.

Esta difusión ha producido desplazamientos de los centros de influencia, y se ha querido ver en este desplazamiento de focos culturales un fenómeno exclusivo de traslado, por lo menos parcial, de elementos y factores vinculados al espíritu europeo.

Sabido es cómo este cambio de escenario geográfico ha sido interpretado por Díez del Corral, mediante la hipótesis de un *Rapto de Europa*.

Según esto, las manifestaciones de la cultura y del espíritu europeos se producirán en ámbitos geográficos alejados del territorio de la vieja Europa, pero el despliegue de ésta sobre otros Continentes permitirá reconocer siempre el origen y el sentido de la irradiación.

Mucha verdad hay en las interpretaciones de este linaje. Aunque no sea siempre posible determinar con precisión el grado en que pueblos extraeuropeos se han asimilado el espíritu de Europa o se han occidentalizado, adoptando patrones que afectan a la transformación de la mentalidad y penetran en la vida interior, en vez de limitarse a expresar similitudes externas y unificadoras, como la del vestir, la de poseer una Constitución y un Parlamento y la de servirse de los instrumentos técnicos de Occidente.

Ha sido abundantemente glosada la misión de Europa como "alma mater" de la civilización en sí, que ha incorporado todos los elementos utilizables de las culturas históricas, de tal suerte, que cuanto no ha sido

repristinado por esta recepción es mero capítulo de arqueología o de folklore. Y también una y otro son, a la vez, capítulos de las técnicas de investigación europeas.

No es exagerado, en este sentido, afirmar, frente al pluralismo de las culturas, las direcciones homogéneas del desenvolvimiento, la aptitud para plasmar concepciones y técnicas de alcance general que satisfagan necesidades y aspiraciones en las que se descubre la identidad del género humano.

Advierte Max Beloff que si comparamos la unidad cultural de Europa con otras grandes colectividades humanas, como China, la India o el mundo árabe, aparece claramente que Europa forma una unidad coherente y original de civilización. Esta unidad se refleja en todas las manifestaciones del espíritu: en el conocimiento, en la Pintura, en la Arquitectura y en la Música.

Tales afirmaciones subrayan la originalidad de la cultura europea, pero también señalan una diferenciación que parece preferir la existencia del fenómeno de intrínseca superioridad que ha producido la expansión de esa cultura europea, cuyas creaciones han sido, en general, asimiladas, o imitadas al menos, por otros pueblos cuando han querido incorporarse a la corriente universal.

Esta tendencia común del desenvolvimiento en los aspectos genéricamente humanos parece inseparable de la consideración de la unidad de la especie y de los caracteres universales, a cuya luz adquieren fuerza y sentido los principios de libertad, de dignidad y de igualdad esencial constitutivos del ser.

Por otra parte, no puede ser desconocida la constante histórica en cuya virtud el traslado del asiento de una influencia cultural determina combinaciones suscitadoras de nuevas formas de vida.

Desprendidos de sus raíces, los elementos trasplantados reciben nueva savia y llegan a producir resultados peculiares. Esto aconteció con el criollismo, en las sociedades americanas, y está aconteciendo en Norteamérica con las concepciones culturales, que allí adoptan un sesgo pragmático y estadístico que sustituye la dogmática por el empirismo.

Europa, que ha exportado la Nación, transmite a otros pueblos el mensaje de la propia experiencia, dando ahora testimonio de la limitación y la insuficiencia de este concepto para satisfacer las exigencias del tiempo. La crisis nacional, en Europa, coincide con la generalización de los bloques de Potencias, y Europa misma se afana en buscar cauces por los que discurran las corrientes asociadas de sus pueblos.

Síntoma evidente de la insuficiencia nacional lo ofrecen las Naciones

recién llegadas. Al día siguiente de constituirse como entidades independientes, piden un puesto en la Organización de las Naciones Unidas. Es decir, con su independencia reconocen su interdependencia.

Es claro que esta aspiración va ligada a otra: la de compartir una influencia de carácter universal. Mas no es, en modo alguno, indiferente que el recinto de esa influencia sea, a pesar de sus notorios defectos orgánicos y funcionales, y a prueba de fracasos, un estadio en que se delibera y se negocia.

En este encontrado movimiento de corrientes nacionales y universales se depuran los caracteres de la Nación. Remonta ésta hacia sus fuentes de origen, anteriores a la etapa de la Nación soberana. Se vigoriza, caracterizándose en la expresión de aptitudes y propensiones, diferenciadas, pero no opuestas, a las de otras Naciones.

Expresaba Jaurés la conveniencia de que existieran y subsistieran las Naciones, diciendo: "Deshacerlas sería destruir los focos de luz distinta y no dejar subsistir más que vagos resplandores dispersos de nebulosa. Sería suprimir también los focos de acción distinta y rápida para no dejar subsistir más que la incoherente lentitud del esfuerzo universal."

Este concepto acredita que los caracteres nacionales no se agotan en el servicio de los propios fines, como se sostiene desde el punto de vista de la política de potencia. Conducen por la vía del desarrollo específico a una integración que, a su vez, ha de estar pautada por etapas que hagan posible y efectiva la cooperación.

Así, la Nación actúa como miembro vivo de organizaciones que no pueden prescindir de ella. Los medios por los cuales se ha afirmado la personalidad del individuo dentro del Estado soberano ofrecen modelo a la afirmación de las Naciones dentro de la Organización supranacional: no se han nacionalizado los Estados sino haciendo posible la incorporación del individuo. Tampoco se universalizará la Organización internacional sino atrayendo la cooperación de las Naciones, como participantes, al través de un procedimiento regular, en una voluntad colectiva integrada por aportaciones fundidas en el crisol de cada comunidad originaria.

La reafirmación del derecho individual en el Estado moderno fue compatible con la centralización de la justicia en el Estado, cesando el derecho de que cada cual se tomase la justicia por su mano. Lo mismo cabe enjuiciar el porvenir de las Naciones, desprovistas de este derecho primitivo de hacerse justicia a sí mismas.

Las unidades nacionales seguirán encontrando consistencia en una voluntad de vivir juntas que rebasa la hipótesis del *plebiscite de tous les jours*, a que se refirió Renán. Fue el propio Renán quien cifró los

elementos entrañables del genio nacional al decir que una Nación es “un alma, un principio espiritual”.

El principio de negociación ha de reemplazar al de soberanía en el itinerario hacia la meta de una paz general. Lo cual implica la despolitización de las Naciones bajo el influjo de una idea superior, pero cooperando con medios propios las Naciones a estas finalidades conjuntas. El gran Pontífice Pío XII, en su Mensaje de Navidad, de 1954, expresaba este propósito con las siguientes palabras, alusivas a la vida nacional. “...es por sí misma el conjunto operante de todos aquellos valores de la Civilización que son propios y característicos de un determinado grupo... Al mismo tiempo, esa vida enriquece la cultura de toda la Humanidad, dándole como su contribución propia. En su esencia, pues, la vida nacional es algo no político... la vida nacional no llegó a ser principio de disolución de la comunidad de los pueblos sino cuando comenzó a ser aprovechada como medio de fines políticos... Nació entonces el Estado nacionalista, germen de rivalidades e incentivo de discordias”.

Hay que afrontar una objeción. El monstruo —se dirá— es el Estado, que se ha fundido con la Nación, pero que podría también acoplarse a agrupaciones plurinacionales. El imperialismo es la expansión del Estado, asiento de la soberanía. La Nación se ha hecho soberana cuando ha tomado en sus lazos al Estado. Los peligros atribuidos a la entidad nacional son realmente los de la peligrosidad del Estado.

Todo esto parece cierto. Pero si se considera que el Estado es en sí una fuerza de abstracción jurídica y que su fuerza real está en la Nación y en la coincidencia con ésta, coincidencia que ha llegado a forjar una sola entidad —la del Estado nacional soberano—, se concluirá que la política de poder arraiga fácilmente en el subsuelo de caracteres nacionales unificados, que se reputan “naturales”. El artefacto explosivo es la Nación; el Estado le pone la espoleta.

De aquí la necesidad de una superación que sustituya dentro de cada Nación, la política de poder por la idea de misión, tan entrañada en nuestra Historia y que alumbró las rutas de los mejores siglos españoles.

Una misión está siempre penetrada de fecundidad, porque es un salir de sí para darse a los demás. El resultado es un acrecentamiento del patrimonio común, una elevación de las almas. La fuerza escinde en la medida en que tritura. La misión supera las divisiones, a la vez que descubre los veneros del propio espíritu.

Las Naciones, al margen de las afirmaciones políticas, reservadas tan sólo para preservar las propias características, han de seguir cumpliendo

la misión que las configura en Europa. Y en el mundo. Son elementos de integración y de equilibrio al través del desarrollo de su espíritu propio y de una aptitud específica, incanjeable, pero necesariamente acoplada con otras aptitudes que poseen otras agrupaciones nacionales.

Cabe así afirmar la vigencia y el sentido de un patriotismo nacional compatible con un superior patriotismo europeo, tanto como ha venido siéndolo con un patriotismo local, inasequible a la soberanía, pero rico de vivencias entrañables.

En este sentido, sostienen las Naciones la idea de Europa, y ésta se afirma mediante una cooperación que funde analogías, mantiene los contrastes fecundos y elimina las discrepancias radicales.

La integración de Europa no supone que ésta sea una inter-Nación, sino la ultra-Nación, advirtió Ortega y Gasset. “La misma inspiración que formó las Naciones de Occidente sigue actuando en el suelo con la lenta y silente proliferación de los corales.” “No se trata —añade— de laminar las Naciones, sino de integrarlas.” (*En cuanto al pacifismo.*)

Hoy empezamos a darnos cuenta, tras un período de renunciaciones y desmayos, de que Europa es todavía un ser histórico y no una mera configuración geográfica.

Posee Europa, como poseen sus ilustres Naciones, un patrimonio de tradiciones y de experiencias que, aun dilapidado en gran parte, puede nutrir, poniéndolas en pie y en orden, valiosas energías históricas. Los valores que arraigan en tradiciones milenarias o multiseculares tienen virtualidad suficiente para resurgir cuando parece que han declinado. La Historia permanece mientras pasa, porque nunca pasa del todo. No se sabe fijamente en qué consiste la atracción del parentesco ni cómo es capaz de suscitar comunes sentimientos. Hay un parentesco de las Naciones europeas, como hay un parentesco entre los nacionales de cada Nación. Los motivos unificadores perviven y se renuevan en el curso de una acción comunitaria y creadora.

En este sentido, una política alumbrada a raíz de la guerra del 14 al 18, eclipsada con la guerra del 39 al 45 y hoy inequívocamente reanudada, presenta las guerras entre las Naciones de Europa como auténticas guerras civiles. Pero es sabido que las guerras civiles no terminan realmente con la última batalla ganada, sino cuando después de ella se acierta a forjar una nueva convivencia en torno a un proyecto de vida común, que ni puede significar una vuelta al pasado irreversible, ni desconocer los supuestos implicados en la guerra misma.

Brinda algún motivo de esperanza el hecho de que la rivalidad continental entre Francia y Alemania y las tensiones históricas entre Ingla-

terra y el Continente hayan sido enjugadas y que sus energías nacionales puedan transfundirse en programas y en realizaciones.

Supone todo ello la existencia de condiciones de paz que no impliquen meramente llenar el vacío de la guerra ausente. Supone, en síntesis, la afirmación de un principio apto para suscitar la incorporación.

Es significativo que el Estatuto de Londres, de 1949, señale la finalidad del Consejo de Europa, refiriéndose a la función de “salvaguardar y promover los ideales y los principios que constituyen su patrimonio común”. A este propósito aludía también S. S. Pío XII cuando, dirigiéndose, en 1953, a los profesores y a los estudiantes del Colegio de Europa, en Brujas, presentaba como tarea urgente “la exigencia de lo que se llama el espíritu europeo, la conciencia de la unidad interna, fundada no ya, en manera alguna, sobre la satisfacción de necesidades materiales, sino sobre la percepción de valores espirituales comunes”.

El aparato institucional, sin el motor de ese espíritu, carecería de consistencia. Los acuerdos económicos son motivos que, a la vez que expresan la interdependencia de actividades, contribuyen a afianzarla y extenderla. Lo económico —se ha dicho— no es un fin en sí; desborda ampliamente sobre el terreno psicológico popular y requiere el interés de una opinión pública (Vid. Tremport, *L'Unification de l'Europe*, 1955). Conduce a lo que ha sido caracterizado como una “experiencia progresiva”: causa de que, dentro del mismo orden económico, haya de extenderse el espíritu de comunidad: desde el carbón y el acero a otras industrias, a los productos agrícolas, a la defensa, a la política social y fiscal, a la integración monetaria. El Mercado Común engloba múltiples actividades y sólo puede ser concebido como fuerza en constante desarrollo.

Debe Europa su grandeza al equilibrio entre la cultura y la técnica, que le ha permitido representar la síntesis de la más refinada Civilización moral y del mayor progreso material.

“Europa liga —ha escrito Jaspers— lo que, al mismo tiempo, opone como extremo: mundo y transcendencia, ciencia y fe, técnica material y religión”.

No basta, sin embargo, este equilibrio que armoniza fuerzas. Hay un espíritu unitario y superior al equilibrio: un sentido propio, gracias al cual las instituciones europeas, por contener la mayor suma de verdad que pueda contener una institución y una creencia, son modélicas. Cabría analizar así la serie de instituciones consolidadas en el Derecho de gentes acuñado por el espíritu europeo y que son la base del orden internacional. Su influencia penetra en pueblos de origen extraeuropeo cuando sienten la necesidad de integrarse adoptando patrones de una

Civilización común. Se pueden observar estas directrices en las instituciones que prevalecen en el mundo, constituyendo el lineamiento y la estructura de la vida de relación: desde la familia monógama, subsistente y expansiva, a pesar de las brechas abiertas por el divorcio, hasta la noción de un orden público, que trasciende los estados de policía, porque es la versión de un orden moral subyacente, que no es, a su vez, otra cosa que la secularización del orden cristiano.

La última cuestión, que como causa final es también causa primera, es la de la dirección de estos complejos que revierten en una vida necesariamente universal.

La experiencia de la última trasguerra acredita la dificultad que ofrece el traslado de esta rectoría. La antorcha, traspasada entre pueblos próceres, corre el riesgo de extinguirse si la robustez del brazo que la mantiene en alto no está acompañada por el viento propicio que alimenta la llama de una fe.

¿Cuál es el principio animador de los nuevos complejos sociales? ¿En cuáles estratos psíquicos y sociológicos arraigan las cualidades del mando y las ilusiones creadoras para producir una empresa de elevado potencial humano?

Parece que ahora el espacio europeo está repleto, como las salas de un Museo, en contraste con las posibilidades que ofrecen a la onda demográfica y a la explotación de los recursos de la tierra otras regiones del mundo. Por lo demás, el arsenal y los equipos técnicos se multiplican fuera de Europa, como también el genio inventor aplicado a descubrir veneros de riqueza y de energía.

Pero la grandeza y la servidumbre de la técnica ha inspirado ya una copiosa literatura, y el balance, que contiene, naturalmente, pérdidas y ganancias, deja fuera de sus cifras contables las fuerzas morales suscitadoras de esperanzas o que, en su desmayo, se deshacen en temores y en angustias.

Una Europa unida en sus diversas estirpes aún podría, entre los bloques de potencias que se enfrentan con medios parejos, mostrar a todos los hombres un horizonte más allá de lo que crean y de lo que consumen las fuerzas armadas y las fuerzas económicas.

Es condición para el logro de esta influencia, que ya apunta, la reintegración de la propia personalidad, ahondando las Naciones en el examen de la propia conciencia.